

EL GORRIÓN



ROMANTIC BOOKS

EL GORRIÓN



Paloma era una niña morena, bajita, delgada, con enormes ojos castaños que llenaban toda su cara en forma de corazón. No tenía más de siete años, aunque pareciera aún mucho más pequeña por su físico, que no por su inteligencia.

Ella era la mayor de cuatro hermanos, con quienes compartía su inmensa imaginación. No le quedaba otra manera de solazarse en su tristeza. No es porque sus padres no la quisieran; al contrario, la amaban por encima de cualquier consideración. Ni que no tuviera un techo sobre su cabeza y comida en la mesa. Ni que en el colegio no se sintiera arropada por sus profesores y compañeros. Ni que no disfrutara de sus amigos dentro y fuera del vecindario. En casi todos los aspectos podría decirse que era la niña más afortunada del mundo, a excepción de un inconveniente, que no era otro que el tiempo que pasaba postrada en su cama.

Por desgracia, a su corta edad le habían pronosticado una terrible enfermedad que ningún especialista le había sabido dar nombre. Su caso era único. Se desconocía su existencia.

Nadie de su familia jamás la había padecido. Y en el campo de la medicina e investigación, por más especialistas que sus papás habían consultado, nadie les pudo ayudar a mitigar sus graves síntomas de su extraña enfermedad que cada día iban a más.

Todo comenzó en su séptimo cumpleaños. La mañana del veintidós de noviembre amaneció con un sol radiante, haciendo que el cielo fuera de un azul puro, sin una mácula que enturbiara su perfección.

Paloma, con una enorme sonrisa, bajó de la litera que compartía con Rebeca (su hermanita de cuatro años), a la que adoraba; permanecía a la espera de que los gemelos, Víctor y Pablo (diez meses menores que nuestra protagonista), entraran en su dormitorio con

EL GORRIÓN



sus inmensas sonrisas. Y, por supuesto, llevándolas a rastras hasta la cocina, donde sus padres ya estarían preparando su tarta de chocolate con fresas, su favorita.

Así ocurrió. En cinco minutos la estaban levantando, besuqueando y abrazando. También le estaban alborotando su pelo negro y rizado, que hasta la cintura le llegaba, en un alarde de alegrarla ese momento tan soñado e idealizado por ella. Siete años le parecían el sumun de la madurez, cuando ya podría empezar a escribir en su diario. Ese era el regalo que tan fervientemente había pedido a sus progenitores en su día señalado.

Seguramente fuera una premonición porque Paloma, a partir de entonces, no paraba de describir cada momento de su existencia. Deseaba inmortalizar su corta vida para que siempre la recordaran, no solamente sus seres más queridos, sino cualquier niño que se hallara en circunstancias tan parecidas a las suyas.

Diario de Paloma:

Día 22 de noviembre. Hora: 22:22.

Ya he terminado el día de hoy, ha sido muy divertido. He disfrutado tanto con mis abuelos, mis tíos, mis primos, mis hermanos, mis padres y mis amigos, que me da miedo mañana despertar y que todo haya sido un sueño.

Estoy escribiendo en el despacho donde papá trabaja a menudo con sus planos. Es arquitecto paisajístico. A mí me encantan sus proyectos. Y al igual que él, me entusiasman las plantas.

Cuando sea mayor, quiero dedicarme a su cultivo. Ya hago mis pinitos con diferentes semillas, sembrándolas en mis tiestos. A veces tengo suerte y asoman pequeños brotes, dando después vida a preciosas flores de intensos colores.

EL GORRIÓN



Ups, bostezo. Estoy agotada con tantas emociones. No he dejado de abrir regalos: libros de aventuras, que son los que más me apasionan; acuarelas para pintar mi bloc de dibujos; una pulsera de plata con mi nombre impreso, que no pienso quitarme en ningún momento; y algún que otro peluche de animales, me gusta coleccionarlos.

En casa todavía no nos hemos decidido por qué nuevo miembro formará parte de la familia. Los gemelos quieren perros, la peque de la casa está encaprichada por un gato atigrado, papá y mamá creo que no están muy convencidos; y a mí me da lo mismo, siempre serán bien recibidos.

Mi padre asoma la cabeza por la puerta. Comenta si no deseo irme ya a la cama. Mañana toca madrugar para ir al colegio. Nos sonreímos. Dejo mi boli mágico de punta fina guardado en mi estuche. En otro momento continuaré escribiendo.

Adiós, mi querido diario.

Día 29 de noviembre. Hora: 13:27.

Siento que mi letra no sea tan segura. No sé qué me ocurrió cuando me levanté de mi silla ergonómica tras hacer mis deberes. Sentí un fuerte mareo, tan grande que me caí al suelo. Ocurrió después de regresar del colegio, merendar mi bocadillo de jamón y queso con mi vaso de leche, jugar un poco con mis hermanos y dirigirme a mi habitación para hacer una redacción sobre mis *hobbies* preferidos.

Había terminado mi escrito, cuando me dio un intenso dolor de cabeza, haciendo que cayera en un profundo pozo oscuro.

Por lo visto, mi hermanita Rebeca me encontró al ir a buscarme para bajar a cenar. Debió de gritar tanto, que hasta los bomberos se acercaron a ver qué demonios pasaba en mi hogar.

EL GORRIÓN



Creo que una ambulancia apareció en diez minutos ante la llamada urgente y desesperada que hizo mi padre.

Solo sé que he permanecido esta semana ingresada en un hospital cerca de donde residimos.

Mamá no se ha separado ni un solo instante de mi lado. No hubo manera de que se alejara; incluso los médicos y enfermeras intentaron que descansara un poco en nuestra casa, porque a papá, a mis abuelos y a mis tíos, ella no quería hacerles caso. No quiso dejarme en otras manos. Las suyas son amorosas, suaves, con olor a canela. No permitió que nadie me cuidara, ella quiso permanecer junto a mí cada segundo.

Mamá disimulaba su angustia y sufrimiento, pero no lo consiguió. Yo me hacía la dormida y ella lloraba desconsoladamente. Ahí supe que algo muy grave me ocurría.

Ahora ya estoy en mi hogar. Mamá ha ido a la cocina un momento a prepararnos la comida. Me ha dejado en compañía de Víctor, Pablo y Rebeca.

Papá salió con mis informes médicos a consultarlos con otros profesionales. Creo que no se dan por vencidos y esperan que un milagro entre por mi hogar y absorba mi enfermedad, dejándome otra vez como antes y no ahora, como si fuera una muñeca rota tirada encima de mi cama.

Llaman a mi puerta. Tendré que dejarte, mi querido diario. Hasta pronto.

Día 6 de diciembre. Hora: 18:10.

Por fin vuelvo a recuperarte. No he parado de ir de un especialista a otro. Me han hecho tantas pruebas que ya no siento ni

EL GORRIÓN



mi cuerpo. Tengo los brazos morados por las agujas que me han puesto.

Hoy mis padres se han apiadado de mí y me han dejado un ratito a solas para que haga lo que desee. Hasta mis hermanos, sabiendo que algo no marchaba bien, no han puesto pegas al salir de mi cuarto.

No sé por dónde empezar, tengo sentimientos encontrados. Han venido a visitarme mi familia, mis vecinos, mis amigos, mis compañeros, hasta mis profesores de cuando iba a la guardería. Todos me animan, sin embargo, disimulan pintándose en sus rostros unas caretas de alegría que no se reflejan en sus ojos. Me dan pena, no por mí, sino por el dolor que pueda ocasionar a los demás cuando ya no esté con ellos.

Día 13 de diciembre. Hora: 11:05.

Ha pasado algo muy interesante. Nunca había visto a mis hermanos, Pablo y Víctor, tan amables con Rebeca y conmigo. Ellos han cambiado. No hacen apenas ruido, con lo traviosos y alborotadores que siempre han sido. Me tienen sorprendida, únicamente discuten para ver quién de los dos me lee primero mis libros preferidos. Me encantan los de la autora Enid Blyton. Los tenemos desgastados porque anteriormente los habían leído mis abuelos, mis padres y, ahora, nosotros. Sueño con esas interesantes aventuras que viven los personajes en sus intrigantes historias. Ojalá pudiera experimentar tantas emociones...

Día 25 de diciembre. Hora: 17:18.

Me siento tan cansada... Casi no puedo agarrar mi boli y poder contaros una maravillosa sorpresa con la que hoy me he despertado. Sentí una humedad en mi cara. Al abrir los ojos, me di de bruces con

EL GORRIÓN



un cachorro de tono canela, junto con un minúsculo gato atigrado de rayas blancas y negras.

Los he abrazado sin apenas fuerzas y he llorado, emocionada, encima de sus suaves y peluditos cuerpos.

Mis padres y mis hermanos se han sentado a mi alrededor, observando tan tierna estampa. La han inmortalizado con una preciosa foto.

Día 27 de diciembre. Hora: 15:22.

Papá me ha cogido en brazos y me ha sacado al invernadero de casa. Me ha recostado en una tumbona bien mullida y me ha arropado. Ha ido enseñándome los nuevos arbustos y los primeros capullos de los jazmines que planté el día de mi séptimo cumpleaños.

Mamá ha escogido las flores más frescas y bonitas, ofreciéndomelas en un colorido y aromático ramo. Después, las ha llevado a mi habitación, colocándolas artísticamente en un jarrón de cristal.

Día 3 de enero. Hora: 18:14.

Hoy ha venido a visitarme mi mejor amiga, Patri. Me ha traído su jersey favorito de regalo, quiere que lo lleve siempre. A cambio, yo le he dado un cuadro que pinté el año pasado de un geranio.

Se ha tumbado conmigo. Nos hemos estado contando tontunas, riéndonos todo el rato y comentando las futuras escapadas que haremos.

Mis hermanos nos han subido un chocolate con churros. Nos lo hemos pasado en grande, merendando y haciendo muecas disparatadas con las bocas manchadas.

EL GORRIÓN



Día 6 de enero. Hora: 11:09.

Mamá me ha escrito un cuento. Trata sobre un pequeño gorrión que al principio no sabía volar y tenía mucho miedo a caerse del nido. Sus otros hermanos gorriones y sus padres siempre le animaban, pero él nació con las alas más cortas y no se atrevía a dar el salto.

Un buen día, el gorrión se dio cuenta al despertar de que se había quedado solo. Alzó su cuello, lo giró todo lo que pudo. Con sus ojitos rasgados, no veía a ningún pajarillo. Unos sonidos metálicos de susto, parecidos al sonido “chirr-r-r”, escaparon de su pico. No sabía qué hacer, hasta que un inmenso gato trepó por el tronco, llegando casi a alcanzarlo. El pequeño gorrión, ante la terrible conmoción, echó a volar con toda su alma. Al final se posó con resuello en un balcón.

Una niña que vivía allí, al verlo tan angustiado y sofocado, le calmó con palabras de consuelo, le puso agua y migas de pan en un cuenco. Gracias a sus cuidados, el gorrión cogió fuerzas y salió volando, no sin antes dedicar a la pequeña un mágico canto.

Me ha encantado el relato que mamá se ha inventado.

Día 17 de enero. Hora: 16:28.

Querido diario, hoy me siento mucho más agotada. Me cuesta escribir. Notarás las letras deformadas, ya no me quedan fuerzas.

Mis padres me han preparado mi plato favorito: canelones con carne picada, bien cubiertos con queso parmesano rallado.

La pena es que casi ni los he probado. No tengo ganas de comer. Aunque he hecho un esfuerzo por ellos.

EL GORRIÓN



Día 24 de enero. Hora: 21:06.

Mis tres hermanos han querido poner en mi habitación la televisión para que veamos todos juntos, incluso el perro y el gato, las películas de *Enredados* y *Frozen*. Me he quedado dormida entre una y otra, pero me ha hecho mucha ilusión volver a verlas.

Día 1 de febrero. Hora: 9:30.

Mamá, por darme el capricho, está escribiendo en el diario. Notarás diferente la letra. Y seguramente algunas palabras no las entenderás porque estarán emborronadas. Las lágrimas de mi madre hacen imposible continuar...

Día 8 de febrero. Hora: 19:09.

Paloma se encuentra en el hospital. Ya no habla, ni come, ni mueve ningún músculo, está en coma inducido. Su madre y yo no sabemos qué hacer. Estamos en una terrible disyuntiva que nos partirá el corazón, hagamos lo que hagamos: conectar o desconectar...

Día 22 de noviembre. Hora: 22:22.

Mi queridísimo diario, ¡qué abandonado te he tenido! ¡Un año! No te lo vas a creer, pero esta mañana me he despertado con el trinar de un gorrión.

Como ya sabes, hoy se ha celebrado mi octavo cumpleaños. Más felicidad no podía haber sentido al volver a ver a mis seres amados.

He escuchado llantos, gritos de alegría, emoción a raudales, toda una algarabía. No encuentro las palabras para expresar el milagro que ha sido mi regreso a mi hogar.

EL GORRIÓN



Sé que me va a costar volver a andar, hablar, saltar, correr, comer, escribir, observar la naturaleza, a mis queridos gorriones... En una palabra: vivir.

No me importan los sacrificios que tenga que hacer, porque merecerá la pena ver otra vez sus sonrisas, y esta vez siendo realmente sinceras.

Para mis queridos lectores, con todo mi cariño,

Mary Kate D.